

LAS PERSONAS DEL DBCP

Fragmento del capítulo quinto del libro de Vicent Boix, “El Parque de las hamacas”.

www.elparquedelashamacas.org

Francisca Picado no es víctima directa del químico. Su hijo Juan Carlos, de 26 años, sufre de graves e irreversibles deficiencias psíquicas y físicas. Su casa está rodeada por un barrizal nacido de las lluvias copiosas que trae el verano. Allí brotan cuatro chozas sin puertas, sin ventanas, sin lujo. El tiempo las ha repellido de parches de plástico, sacos, uralitas, latas y cualquier cosa sólida que permita mantener un mínimo de intimidad. La estructura es de madera avejentada, deteriorada por la humedad. Debajo aparece la vida encofrada en la más radical de las pobrezas. Fogones en una choza, las camas en otra y algunas posesiones de la familia en la última.

Allí deben vivir unas 15 personas. Los niños desnudos se entremezclan con los chanchos, gallinas y demás fauna hogareña. El hedor en algunas partes es inaguantable. La higiene, la lógica y las demás palabras bonitas, forman parte de un progreso, que se quedó en las puertas de este hogar sin querer entrar, sin querer saber nada.

El patio es grande, con sus respectivos árboles y animales que por allí y por la calle pululan a su libre albedrío. La cocina es de leña y todo lo que está a su alrededor, es del color negro típico del hollín. Se resguarda de las inclemencias meteorológicas bajo el techo de paja. Poca y vieja vajilla y nada que no sea lo indispensable. Definitivamente, el dólar bananero pasó de largo a su próxima y única estación: Wall Street.

Juan Carlos sale en brazos de sus familiares. Lo sientan en una silla. No puede hablar. El caso es impactante. Su cuerpo aparece extremadamente deformado. Está muy flaco. Sus extremidades son exageradamente delgadas y parece como si sus manos estuvieran atrofiadas. Es increíble. Tal vez su único crimen fue tener un padre que trabajó en la bananera. Francisca Picado, su madre, confiesa que éste murió hace 22 años de cáncer. Los otros enfermos pueden hablar, dialogar, razonar. Juan Carlos sólo puede observar como pasa la vida. Surge muy poca conversación. Todo es muy evidente. Todo está más que claro. Las pocas cuestiones que surgen, son contestadas con una naturalidad impresionante por la familia, que observa con cierta ternura a Juan Carlos. La resignación para ellos ya quedó atrás.

Francisca tiene 46 años. Es viuda. A parte de las labores habituales de casa, trabaja en un pequeño comedor propiedad de su hija, donde gana 16 córdobas al día (1 euro aproximadamente). Allí prepara la comida para los clientes que llegan.

Tiene seis hijos. Desempeñan diferentes labores, para poder vivir en la terrible situación económica y laboral en la que se ahoga Nicaragua. Antonio vende marisco, Marisol comida, María Mercedes y Maribel son domésticas,¹ María Angeles estudia y el pobre Juan Carlos no puede hacer nada. Nueve nietos completan su descendencia. Dos estudian, el resto no superan los tres años.

Mientras conversa, se le nota fastidiada, cansada, agobiada y molesta. Sus ojos y sus palabras van embadurnadas con cólera. Cada poro de su gastada y deteriorada cara, es un volcán que expulsa ira y rabia, hacia esas personas que han hecho de su vida y la de su hijo, un infierno en pleno trópico.

Gran parte del dinero que gana, lo tiene que gastar obligatoriamente en la alimentación especial que su hijo Juan Carlos precisa. Sólo puede comer líquidos, sopas y sueros especiales que el médico le receta. Requiere de un dosificador especial que le cuesta 45 córdobas. Casi tres días de su trabajo.

En su casa se come aquello que se puede. Arroz, gallopinto² y muy esporádicamente algún pedazo de carne. Cuando tiene alguna dificultad económica, tiene que recurrir a una hermana y a la familia. Todos son conscientes de la situación por la que atraviesa. No realiza ninguna

¹ Trabajan en casas ajenas desempeñando las tareas del hogar (planchar, comprar, cocinar, lavar, etc.)

² Gallopinto: Plato típico nicaragüense a base de arroz y frijoles.

actividad lúdica para entretenerse. No tiene ni dinero ni tiempo. El nacimiento de Juan Carlos cambió su vida por completo.

No tiene esperanzas por el futuro. Sólo piensa en trabajar para poder atender adecuadamente a su hijo. Se siente molesta y defraudada por los políticos, empresarios, multinacionales y científicos que fraguaron la tragedia del DBCP. Clama justicia hacia ellos. Exige responsabilidades. Supuestamente ella perdió dos vidas, y lo peor es que *“No han dado nada para poder cuidar a mi hijo”*.

Tiene ilusiones, en el juicio entablado contra las multinacionales que posiblemente propiciaron su desgracia. Es lo único que les queda. Si ganan, cuidará a su hijo Juan Carlos adecuadamente y le ofrecerá lo mejor. Sobre el futuro de Nicaragua es clara, ríe, hace una mueca y contesta: *“¿Qué puedo pensar?, mal, muy mal”*.

Al abandonar esa casa, se hace mirando al suelo y dudando. Golpeando alguna piedra con el pie. Sin mala intención. Fruto de la ausencia momentánea de la mente. Sugestionada por la evidencia. Miles de impotencias y rabias dan vueltas. Los interrogantes y las exclamaciones, flotan en el ambiente como si fueran burbujas de jabón. Pero en ese lugar no hay tiempo para razonar. El viaje por las desgracias ajenas no se detiene.

Nicolasa Caballero trabajó en el banano desde 1973 hasta 1988. Tiene problemas con unas manchas negras en los pies, en las piernas y en los brazos. Sufre dolores en los huesos y en la cabeza. Comenta que tuvo dos hijos que nacieron con deficiencias físicas y que murieron con 6 meses y con un año de edad. Trabajaba de 6 de la mañana a 12 de la noche. Pesaba el banano y realizaba otras labores del proceso productivo. En su trabajo tuvo contacto con el veneno, sin ningún tipo de protección que la aislara del mismo. A veces acababa su jornada empapada.

Ahora, sus gastos médicos mensuales rondan los 500 córdobas. En su humilde casa viven hacinados hijos y nietos. Unos trabajan en lo que hay y otros estudian en busca de un futuro mejor. A pesar de su enfermedad y de su edad, tiene que salir por las calles y los mercados a vender elotes y tamales. Todos los días de la semana, a las doce del mediodía, Nicolasa acude puntualmente a su esquina en el Mercado “Los Bisnes” de Chinandega. Allí, en un modesto banco instala su pana llena de elotes a la espera de los clientes hambrientos. A las seis de la tarde regresa a casa. En su bolsa, 40 córdobas (3 euros aproximadamente) para comer, vivir, medicarse y poco más.

Antes de esto, Nicolasa se ha levantado a las cinco de la mañana, para comprar el maíz que posteriormente cocina y condimenta. También lava la ropa, barre la casa y prepara la comida. Su familia le ayuda, a pesar de que son pobres como ella.

La enfermedad no sólo ha vetado físicamente a sus víctimas. También las mantiene discriminadas. A pocas les conceden trabajo. Ven en ellas a personas deterioradas, incapaces de desenvolverse como el resto. Nicolasa confiesa que cuando le observan sus piernas, ciertas personas sienten asco por ella.

Sobre esta cuestión, Carlos Alberto Céspedes afirma que *“Cuando preguntan dónde trabajamos anteriormente y decimos que en las bananeras nadie quiere darnos empleo porque estamos enfermos, pero además la mayoría ya estamos viejos”*.³

Además, el hecho de reclamar unas indemnizaciones por el daño sufrido, las hace ver como personas activas y contestatarias. De esta forma, tienen que recurrir a los trabajos más precarios, que junto a la enfermedad, condicionan directamente el status de pobreza en el que viven. Por ese motivo y otros, no confía para nada en los políticos. Nicolasa se siente abandonada y sola.

Al preguntarle por el regalo que les hace a sus nietos en los cumpleaños, duda primeramente para contestar con una sonrisa forzada: *“Cualquier cosita porque no da para tanto, no hay reales, somos pobres”*. No sale a recrearse desde hace tiempo. A sus 57 años, lleva más de 20

³ FLORES, M.: “Inicia otro vía crucis de afectados con nemagón”, en *Nuevo Diario*, Managua, Nicaragua, 22 de febrero de 2005, en <http://archivo.elnuevodiario.com.ni/2005/febrero/22-febrero-2005/departamentos/departamentos-20050222-04.html>

que no se maquilla y que no va a la peluquería. Esa mochila llena de ilusión, que cada humano trae a este mundo al nacer, parece que se extravió hace tiempo.

Debajo de un toldo de plástico están Flor de María Mendoza y José Medardo Romero Medina. Un matrimonio que trabajó en las fincas de banano en los años 70.

Su historia es bastante sobrecogedora. Tuvieron cuatro hijos. Dos murieron al nacer. Otro está bien (de momento) y la pequeña Ana María, de 11 años, es lo que trágicamente denominan una “Niña de trapo”. Presenta deficiencias psíquicas, no pueden hablar, ni caminar, ni agarrar y sus huesos son lánguidos y frágiles. Tiene que medicarse para mantener baja la inflamación del hígado y del bazo, así como las fiebres, neumonías y diarreas. Está sentada en su silla de ruedas, mirando a la lejanía, sin inmutarse, como si nada fuera con ella.⁴

José Medardo trabajó, entre otras cosas en el riego. El químico venía en barriles y era inyectado a través de una bomba. Trabajaba de 6 de la mañana hasta las 10-11 de la noche y cobraba 800 pesos⁵ por quincena.

Tanto él como su esposa están desesperados. Se les nota en sus rostros continuamente. No es para menos. La situación en la que viven, Ana María y el futuro incierto, los agotan más y más.

Eduardo Emilio Herrera tiene los riñones afectados. Está excesivamente delgado. Sus dos hijos, de 15 y 18 años, muestran manchas en el cuerpo y deformaciones en los dedos. Su hija está en Costa Rica a expensas de que le operen un riñón.

Moisés Ríos Ochoa trabajó en las fincas bananeras de 1972 a 1974, donde salía a medianoche a dejar los repuestos. Hace 27 años que no tiene un hijo y padece de los riñones. En un examen que se hizo en 1998 salió como lastimado por el DBCP. Ha interpuesto su demanda junto a otros compañeros. Actualmente trabaja en el cacahuete, después de haber pasado por el algodón.

Cristóbal Acetuno trabajó durante 8 años en la bananera. Tuvo allí varios trabajos: seleccionaba, cortaba y embolsaba bananos. Cuenta que se mareaba, no tiene apetito, le pica el cuerpo y tiene manchas en las plantas de los pies. Aún está esperando los resultados médicos. Tuvo dos hijos mientras trabajó en la bananera. Ambos están enfermos. Uno se tiene que medicar y el otro tiene unas manchas en los pies. Su mujer también trabajó en el banano. Fue operada recientemente y por poco muere. El tumor que tuvo le engordó la barriga. Pensaban que estaba embarazada, hasta que un día perdió el conocimiento, la operaron y descubrieron que en realidad era cáncer.

Más información en:

www.elparquedelashamacas.org

⁴ CARRILLO, J.: “Quiere morir con su hija” en *La prensa*, 10 de septiembre de 2001, Managua, Nicaragua, <http://www-ni.laprensa.com.ni/archivo/2001/septiembre/10/nacionales/nacionales-20010910-01.html>

⁵ En este caso un peso equivale a un córdoba.